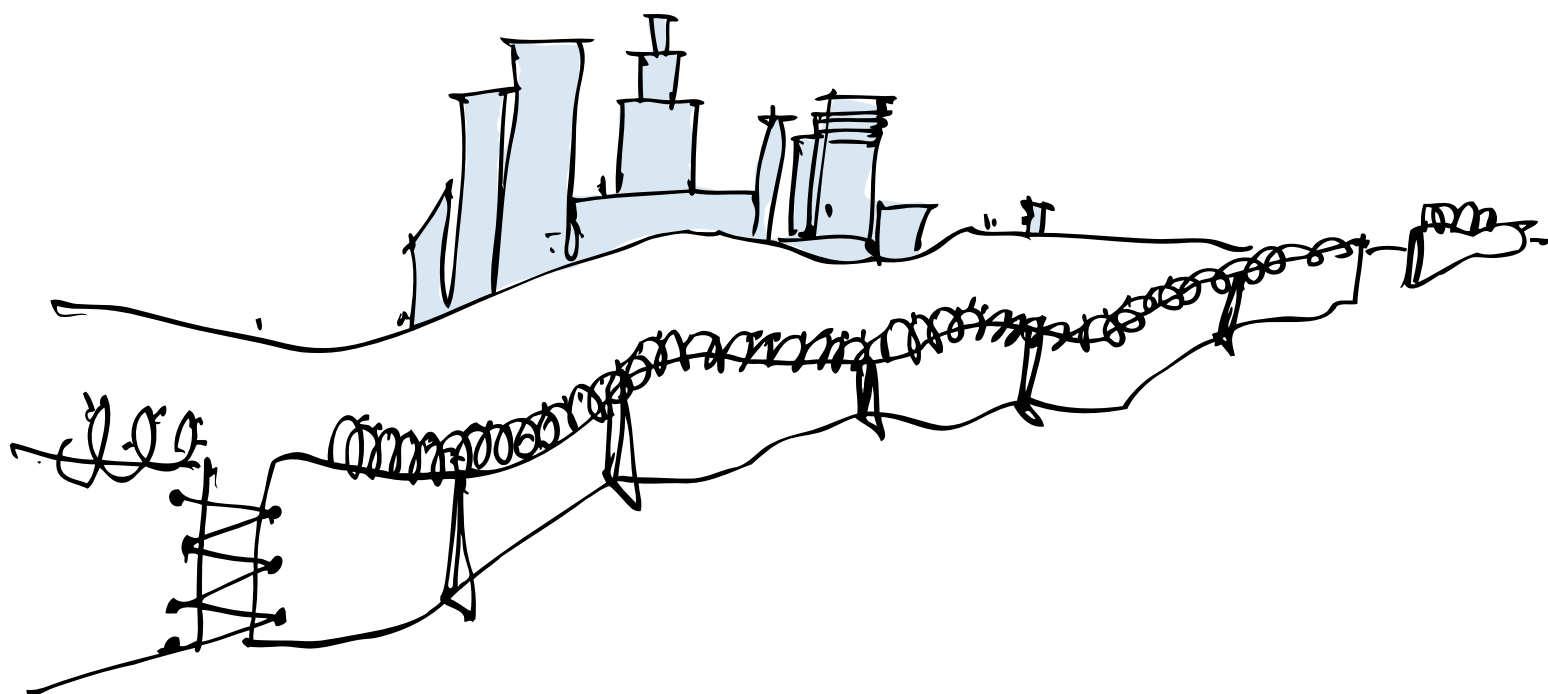


# La migración como factor de enriquecimiento cultural

Camila Aviña Zavala



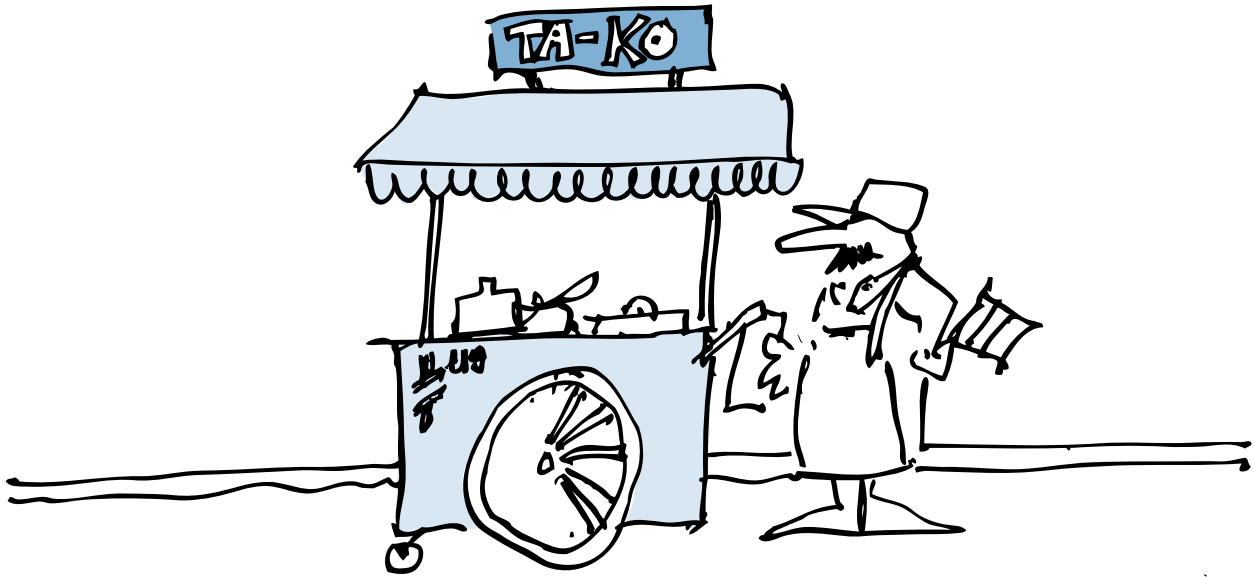
*“Si nos encerramos en nosotros mismos, hacemos más profunda y exacerbada la conciencia de todo lo que nos separa, nos aísla y nos distingue. Y nuestra soledad aumenta...”*

Octavio Paz, El laberinto de la soledad.

No existe una definición universalmente aceptada del concepto de cultura, de hecho, en su obra *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*, Kroeber y Kluckhohn (1952) encontraron más de 150 definiciones del término. La cultura es un concepto tan amplio que ha dejado de ser funcional, y desde una perspectiva pragmática, es necesario enunciar un significado particular cuando se busca abordar problemas concretos. En este ensayo pretendo abordar específicamente la relación existente entre la cultura y la migración. Para ello, sin ser exhaustiva, pretendo enumerar algunos elementos del concepto de cultura que considero esenciales para estudiar el impacto de las migraciones en grupos humanos que comparten

una identidad cultural. Posteriormente, presentaré algunas reflexiones sobre la migración como un factor que puede influir positivamente en las culturas a través de la interacción.

En primer término podría decir que la cultura se trata de una construcción social, dinámica y que está inmersa en constantes procesos de cambio, evolución y adaptación a los choques externos; se refiere tanto a valores, costumbres y tradiciones compartidas por una comunidad, como a patrones de comportamiento y a los significados que dicha comunidad atribuye a la realidad. Por un lado, presenta elementos de homogeneización social y por



el otro, marca las diferencias respecto a los otros. Así, la cultura puede ser estrechamente vinculada con los conceptos de identidad y nacionalismo, y al igual que esos conceptos es susceptible de ser usada con fines políticos; particularmente cuando se pretende que una comunidad preserve la homogeneidad cultural y de esta manera excluya a todos aquéllos que no comparten los mismos rasgos culturales.

En el contexto de la globalización, caracterizada por el aumento en intensidad y frecuencia y duración de las conexiones entre individuos y sociedades, prevalece la “diversidad cultural”, por ello resulta cada vez más difícil construir y preservar sociedades o naciones culturalmente homogéneas. Lo anterior debido a que el aumento en las interacciones induce a una transformación importante en los parámetros culturales de los individuos, y una transformación radical de las relaciones entre las culturas, las modalidades y reglas de los intercambios culturales (transculturalidad).<sup>1</sup> Adicionalmente, el fenómeno migratorio, que ha sido una constante en la conformación histórica del entramado social y un factor de cambio en las sociedades y las culturas, ha crecido en magnitud y en complejidad de manera importante en la época moderna. En torno a la complejidad de las migraciones, cada vez es

mayor la diversidad y diferencias entre las tradiciones culturales que entran en contacto. A esto se suma la evolución en las dinámicas del fenómeno migratorio; ha dejado de ser un fenómeno derivado de consideraciones económicas, como la búsqueda de empleo y mejores oportunidades y salarios que en el país de origen, existen actualmente una amplia gama de factores políticos, de seguridad y extensas redes sociales y familiares que inducen a la migración. Ha dejado de ser transitoria, pues a diferencia de lo que se pensaba en la Europa de la posguerra, los trabajadores no emigran de manera temporal: cada vez es mayor el número de personas que deciden establecerse en los países a los que emigran. De aquí que cada vez en mayor medida las comunidades inmigrantes buscan la integración social y la adquisición de derechos políticos.<sup>2</sup>

A través de la convivencia diaria y la interacción, los inmigrantes incorporan elementos nuevos a su propia cultura y añaden algunas de las prácticas cotidianas de la sociedad de acogida en su vida, a la vez que aportan elementos y manifestaciones culturales a la sociedad receptora. El intercambio, la convivencia y la interacción, pueden resultar difíciles y generar conflictos sociales, pero bajo ciertas condiciones, pueden ser profundamente enriquecedores para ambas culturas.

<sup>1</sup> Burhan Ghalioun (2004), “Exclusión y dinámicas de representación en el contexto de la globalización” en Revista *CIDOB d’Afers Internacionals*, 66-67, Octubre, p. 69-80.


<sup>2</sup> Aicha Belarmi (2004), “La dinámica de las representaciones sociales en una situación de inmigración”, en Revista *CIDOB d’Afers Internacionals*, 66-67, Octubre, p. 81-97.

De acuerdo con Richard Pells<sup>3</sup>, la cultura norteamericana es un ejemplo del enriquecimiento cultural debido a la acción de influencias extranjeras. Contrario a la idea del “imperialismo cultural”, Pells afirma que el éxito y el impacto mundial de la cultura norteamericana se basan en que, al ser un país de inmigrantes desde sus orígenes, la cultura estadounidense ha recibido, a través de las migraciones, influencias extranjeras de todo tipo, académicas, artísticas, intelectuales, que se reflejan en todas las formas de cultura popular: música, cine, literatura, televisión, etcétera. El autor concluye su artículo “¿Existe el McMundo?” afirmando que la cultura estadounidense no ha pretendido transformar al mundo en una réplica de ese país, por el contrario, “la dependencia de los Estados Unidos respecto a las culturas extranjeras nos ha convertido en una réplica del mundo”.

Sin embargo, esta visión sesgada e idealizada de la integración cultural deja de lado los problemas de integración social y adaptación cultural de diversos grupos el interior de Estados Unidos. Por el contrario, es más frecuente hallar casos en los que la identidad cultural es utilizada por grupos que buscan conseguir o mantener el poder político, “como herramienta para lograr la movilización política que, al reforzar la identidad étnica, se transforma con facilidad en un instrumento para satanizar y, finalmente, combatir a los otros”;<sup>4</sup> esta situación puede verse particularmente en sociedades poco desarrolladas y en Estados fallidos o en peligro de colapsar. En la década de los noventa fuimos testigos de conflictos originados por el uso político del nacionalismo, la identidad y la homogeneidad cultural. Los violentos conflictos entre hutus y tutsis en Ruanda, entre bosnios y serbios en la ex Yugoslavia, entre tamiles y cingaleses en Sri Lanka, pueden describirse como conflictos enraizados en diferencias culturales seculares en los que “la cultura se convierte en un modo de explicar (casi de justificar) la violencia étnica”.<sup>5</sup>

Sin llegar a estos lamentables extremos, es posible y común encontrar situaciones en casi todas las sociedades contemporáneas, en las que ante la presencia de “otros”, de “diferentes”, de inmigrantes,

grupos culturalmente homogéneos sienten amenazada la pervivencia y seguridad de su identidad. Por ello, tienden a rechazar y a excluir a quienes se alejan de sus paradigmas culturales, se fomenta la desigualdad, se les otorga acceso únicamente a trabajos no cualificados, están permanente expuestos a la precariedad y el desempleo y, a fin de integrarlos, se le obliga a abandonar signos de su identidad cultural. Así, ante la dificultad de relacionarse con los inmigrantes, el temor o la sensación de inseguridad que provocan en una comunidad culturalmente cerrada, surgen la fragmentación, el racismo, la xenofobia y en última instancia surgen voces a favor de luchar contra el “enemigo interior”.

A fin de evitar estas actitudes negativas y generar las condiciones adecuadas para fomentar que la migración sea vista como un factor de enriquecimiento y diversidad cultural, sería necesario gestionarla adecuadamente, y de esta forma lograr una inserción efectiva de los inmigrantes en la sociedad de los países de acogida y en su cultura. Para ello se debe abandonar la concepción totalitaria y homogeneizadora de la cultura, y buscar mecanismos que faciliten la inserción social y eviten la marginación de los inmigrantes. En primera instancia es necesario el reconocimiento de la diversidad cultural y el respeto a los derechos humanos y culturales de todas las culturas presentes en una sociedad, por encima de sus diferencias. La integración de los inmigrantes precisa el reconocimiento y el respeto a su identidad, pero de igual forma requiere que los inmigrantes reconozcan y respeten tanto la cultura y tradiciones como el ordenamiento jurídico e institucional de las sociedades de acogida. Un factor de vital importancia para la integración es la inserción laboral, el acceso al mercado de trabajo, bien remunerado, digno, que permita a los inmigrantes el desarrollo de sus capacidades y potencialidades.<sup>6</sup> Finalmente, es necesario reconocer y permitir a los inmigrantes el acceso y el ejercicio de los derechos políticos y a la ciudadanía. Así, si por un lado, se permite a los inmigrantes mantener su cultura y les son reconocidos sus derechos, sin que por ello estén exentos de las obligaciones y el respeto que le es debido a la sociedad de acogida, y por el otro, se sientan las bases para que la sociedad de acogida logre asimilar e integrar a los inmigrantes, ambas culturas se verán beneficiadas. 

<sup>3</sup> Richard Pells (2002), “Existe el McMundo?”, en *Istor*, Año III, Número 11, Invierno, p.83-93.

<sup>4</sup> Robert Borofsky (1998) “Posibilidades Culturales” en UNESCO, Informe Mundial sobre la Cultura.

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> Alain Touraine (1998), “Iguales y Diferentes” en UNESCO, Informe Mundial sobre la Cultura.